

## *Ascendamos con Él*

Hoy celebramos la fiesta de la ascensión del Señor a los cielos. Cristo resucitado, con su cuerpo glorioso, asciende al cielo para sentarse a la derecha del Padre, hasta que venga glorioso al final de la historia para juzgar a vivos y muertos. Después de la resurrección, Jesús resucitado se dejó ver por los apóstoles, por las mujeres, por los discípulos. No por todo el pueblo, sino por los que Él eligió para ser sus testigos. El día de la ascensión desapareció de su vista. A partir de entonces, los sentidos humanos quedaron en ayunas. No le vemos, ni le tocamos, ni le oímos. Le tratamos por la fe y Él toca continuamente nuestro corazón por el amor, provocando en nosotros una respuesta de amor creciente. Él está junto a nosotros todos los días, hasta el fin del mundo. “Palpamos” su presencia, que nos llena de esperanza en el camino de la vida hasta que llegemos a la meta, a la patria.

Ascendamos con Él. Al celebrar la ascensión del Señor, se nos va la vista y el corazón hacia donde está Él. Hacia el cielo. El cielo es aquella situación donde vive Jesús glorificado, junto a su Padre, lleno del gozo del Espíritu Santo. El cielo es la gloria en la que Dios -Padre, Hijo y Espíritu Santo- vive eternamente. Y Dios quiere hacernos partícipes de esa gloria y de ese gozo con Él para siempre. En el cielo ha sido introducida la santa humanidad de Jesús, que durante la vida terrena ha vivido humillada hasta la muerte de cruz y ha sido glorificada el día de la resurrección. El cielo increado es Dios, desde siempre y para siempre. El cielo creado es la santa humanidad de Cristo, en cuyo corazón somos amados, cuyas heridas nos han curado y en cuyos ojos vemos al Padre con Él para siempre. El cielo es estar con Jesús, como están su madre María, glorificada incluso en su cuerpo, y todos los santos, que gozan de Dios en la espera de su resurrección corporal. El gozo del cielo, que cada uno recibe, es compartido y multiplicado en la compañía de los demás santos. Y todo esto, para siempre, para siempre.

La fiesta de la ascensión del Señor a los cielos es un tirón hacia la patria celeste. Buscad los bienes de arriba, no los de la tierra. No tenemos aquí en la tierra morada permanente. Nuestra patria es el cielo. La esperanza del cielo es la fuerza motora más importante para transformar el mundo presente, adelantando los cielos nuevos y la tierra nueva. Sólo con un horizonte tan amplio, la eternidad y el gozo del cielo con Jesús, podemos afrontar todas las dificultades de la vida, incluida la muerte. La ascensión del Señor es una fiesta que nos llena de esperanza, porque nos indica cuál es la salida de este mundo que se acaba.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*  
04.05.2008